

La obra de Rafael Fuster (Murcia, 1978) se ha caracterizado desde un principio por una reflexión en torno a los límites de la percepción. Un juego barroco con el ojo del espectador que pone en cuestión la relación entre lo que vemos y lo que existe, la tensión entre lo que pensamos que son las cosas y la experiencia de lo que realmente son. A través de un trabajo escultórico minucioso, sus obras anteriores ponían en práctica dicha tensión. Una representación precisa del mundo que lograba confundir al ojo y que ponía en entredicho el conocimiento a través de la visión. La dureza y solidez del metal con el que se realizaba la escultura adoptaba las características de la ductilidad y fragilidad del papel, los objetos también de desecho que representaba la escultura. Aunque la ilusión y el simulacro eran fundamentales, no se trataba de un engaño-ojo *tout court*. A diferencia de las composiciones barrocas donde, tras la evidenciación del engaño, las obras dejaban de tener sentido, las esculturas de Fuster seguían manteniendo la tensión entre mundo imaginado y mundo real. Cuando tocábamos el objeto –ya fuera con el tacto o con una mirada háptica– y desvelábamos el supuesto engaño, la propiedad ilusoria no desaparecía del todo. De algún modo, la liviandad del papel, su fragilidad, seguía presente y ya no la podíamos quitar de en medio. Más que engañar al ojo, lo que hacía el artista era proyectar unas cualidades sobre los materiales que se quedaban allí para siempre. Unas cualidades que no solo son físicas, sino que tienen que ver, en el fondo, con serie de ideas acerca del mundo –precariedad, abandono, residualidad...– que impregnan el discurso de la obra. Y es que el proceso de “confusión de la mirada” con el que trabaja Rafael Fuster tiene lugar por el agudo y preciso trabajo de mimesis, pero también –quizá más incluso– por el objeto de la representación: el residuo. Como hemos dejado escrito en otro lugar, su obra puede ser entendida como una “alegoría de la residualidad”.

En *Maniera Antica*, Fuster logra dar una vuelta de tuerca tanto a su trabajo con el residuo como a la reflexión acerca de la representación. Los objetos que presenta continúan en apariencia formando parte de sus series sobre los restos de la cultura contemporánea: objetos encontrados por el artista que nos hablan de los desechos de un mundo que deja constantemente pilas de escombros, una especie de vanitas de la sociedad de consumo. Sin embargo, a diferencia de sus obras anteriores, ahora estos objetos no son imitaciones en otro material de un objeto desechado, sino que son los propios objetos reales –los residuos originales– los que sirve de material para la obra. Una obra en la que está presente algo de la memoria del objeto del que proviene el material –sobre todo a través del título (*Estantería, Carretilla, Techumbre...*)–, pero cuya forma el artista trabaja de manera autónoma para dar lugar a esculturas en metal de una grandísima expresividad estética. El trabajo en bruto con el objeto como material y su transformación en otra cosa nos hace pensar en una labor antigua, casi primaria –o, mejor, primigenia–, en ese modo de hacer casi mágico que se vale de encontrado para imaginar el mundo. Una *maniera antica*, por decirlo en las palabras de

Giorgio Vasari, que conecta el arte contemporáneo con el mundo del pasado; algo, por cierto, característico de toda la obra de Fuster, no sólo la escultórica, pues tanto sus vídeos como sus

pinturas rinden homenaje a la Historia del Arte y reflexionan sobre maestros, modos de hacer, técnicas y géneros que producen efectos en el presente.

Podríamos decir que en esta exposición el artista aquí rompe el ilusionismo de su obra anterior. Aunque quizá la palabra idónea no sea “romper”, sino más bien “alterar”. Porque lo verdaderamente interesante –al menos para quien escribe estas líneas– es el modo en que estas obras se relacionan con sus series precedentes. El trabajo de un artista siempre hay que entenderlo como una progresión, y es necesario saber de dónde vienen las obras que vemos, qué desarrollo han tenido, qué lugar ocupan en la producción de un artista. Y al verlas así, dentro de la evolución del trabajo de Fuster, las obras de esta exposición muestran un complejo trabajo con la memoria del espectador. Porque quien haya visto en algún momento las ilusiones escultóricas de Fuster, experimentará ahora estas piezas a través de una confrontación perceptiva con su memoria. No podrá dejar de proyectar sobre el metal arrugado que forma la escultura aquella ductilidad ilusionista del papel y el material blando. De hecho, algo de eso es perceptible incluso aunque uno no conozca la obra anterior del artista. El metal de *Cobertizo*, de *Cubo*, de *Chimena...*, de todas las esculturas de esta exposición está tratado también con un cierto ilusionismo. Ha sido plegado, arrugado, colocado en el espacio, como si no se pesase, como si fuera liviano y frágil. Y precisamente en esta fragilidad es donde se encuentra una de las claves del trabajo de Rafael Fuster: el intento de transmitir un sentido de ligereza y contingencia, una especie de “pasajeridad” del mundo que sigue estando en el ámbito de lo barroco y supone un paso más –tremendamente acertado– en su paulatina construcción de una obra personal y meditada acerca de lo que significa vivir el presente mirando constantemente hacia aquello que dejamos atrás.

Miguel Ángel Hernández